

OFRENDA A MEDINA-AZAHARA

ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS
ACADÉMICO NUMERARIO

Nunca se pondrán de acuerdo historiadores y poetas sobre el origen de Medina-Azahara ¿Existió, realmente, la bella favorita de Abderramán y fue, en verdad, el amor, la causa del nacimiento de la ciudad blanca? ¿Es, tan sólo, esta explicación una bella leyenda tejida por la imaginación popular y cantada y transmitida por los poetas cordobeses del siglo XI? Seguramente, nunca llegaremos a saberlo con certeza y esa eterna duda, poéticamente viva, entre la historia y la leyenda, gravitará por siempre sobre sus ruinas, cada día más redivivas, testigo cierto de su maravillosa existencia.

He soñado con Medina-Azahara y lo que escribo aquí no es más que un delirio onírico, compuesto de leyenda, historia y poesía, en el que Azahara y Abderramán dialogaban sobre la vida, muerte y resurrección de la ciudad de la flor.

Oí decir...

Yo, Abderramán Amir al-Muminín, Al-Nasir li Din Allah, primer califa de Córdoba, en esta madrugada del día 15 de noviembre del año 961, quiero hacer un rápido recuento de mi vida, que está a punto de extinguirse.

He reinado más de cincuenta años, amado por mis súbditos, temido por mis enemigos y respetado por mis aliados. Riquezas y honores, poder y placeres, aguardaron mi llamada para acudir de inmediato. No existe terrena bendición que me haya sido esquiva. Y aun así, los días de pura y auténtica felicidad que he disfrutado, suman sólo catorce...

Me encuentro tumbado en mi lecho de dolor, en el *bayt al-manan* de mi alcázar y por el amplio ventanal del mediodía veo iluminarse el horizonte con los primeros rayos de sol, que, lentamente, alcanzan las cúpulas del Salón Dorado, arrancando de sus tejas de oro y plata vívidos reflejos de fuego y nieve. El minarete de la aljama, aún vacío de rezos de muecines, comienza a despertar inciertas claridades, como si se tratara del último espejo donde se deshace el postrer sueño de la luna. La ciudad todavía está dormida y en sueños parece mi palacio, aunque alcanzo a percibir reprimidos bisbiseos en la galería que limita mi

aposento. Ellos respetan mi descanso, que no es tal, sino el más absoluto abatimiento, heraldo de mi despedida de este mundo.

Hace meses que comencé a entrar en un estado de fatal melancolía, de suprema tristeza, de angustia inmensa, que, día a día, se han ido acrecentando a pesar de los cuidados y solicitudes de mis médicos. De nada han servido las drogas, que de Badajoz me trajo Yahya ibn Ishaq; ni los electuarios del sabio y venerable anciano Ibn Tamlif; ni los remedios que constantemente me ofrecen Arib ibn Said y Hasday ibn Saprut, cercanos colaboradores y amigos.

En estos instantes, cuando la claridad del nuevo día parece iluminar mi mente, despojándola de los tristes presagios que constantemente la conturban, insisto en recordar retazos de mi prolongada existencia. Como en una nebulosa, me veo en mi niñez, iluminada por la presencia de mi madre; recuerdo mi juventud, vivida dentro de una vorágine de insidias cortesanas, hasta que mi abuelo Abdallah me nombrara *walí alhadí*, su sucesor al trono. En tropel de fuego y sangre, de batir de cimitarras, con guerrera música de fondo de timbales y tambores, pasan por mi memoria las derrotas de San Esteban de Gormaz, Osma y Simancas, empalidecidas por mis innumerables victorias, que engrandecieron a Al-Andalus hasta Zaragoza y Navarra, a costa de los reinos cristianos del norte y más allá del Estrecho, desde Fez y Ceuta a Orán y Argel, en mis luchas contra los fatimíes...

El esfuerzo que pongo en mis recuerdos, me agota y me perturba... Vuelvo de nuevo mis ojos al ventanal y contemplo los cárdenos reflejos que el sol, en su perezoso despertar, arranca de soslayo del pavimento de la gran terraza, el *Sat al-Mumarrab*, prácticamente colgada sobre los extensos jardines, en los que comienza a darse el matutino e inacabado concierto de aromas y colores. Ya se divisan, recortados sobre ígneos contornos, los cuarteles y alojamientos del lado occidental de la alcazaba y la frontera sierra transmuta en grises su negrura.

¡Negrura la que mi alma advierte, la que a mi mente aprisiona...! Y, sin embargo, hubo otro tiempo en que iluminó mi vida la claridad más rutilante y deslumbradora; la blancura que me sugería tu nombre, Azahara.

Tenías quince años cuando te vi por vez primera y antes de conocerte te contemplé muchas veces entre recatadas celosías; por entonces, leía yo el *Libro del collar* de Abenaberrabihí y tal parecía que eras tú a quien dedicaba sus versos; decían:

... Tan clara es tu cara, que cuando contemplas sus perfecciones, ves su propio rostro sumergido en su claridad...

... Los rubios cabellos que asomaban por su sienes, caían sobre el rostro como oro que corre sobre plata...

... Su talle flexible era una rama que se balanceaba sobre el montón de arena de su cadera...

Era primavera cuando tuvimos nuestro primer encuentro y el aire olía a la flor del naranjo. Estabas tan conturbada y trémula, que no osabas mirarme y cuando al fin me dijistes tu nombre, yo te respondí:

– El aire huele a tu nombre, Azahara.

Entonces, tu cara de pureza de lirio, blanca como una perla, se transformó en

coralina. Fue aquél uno de los catorce días de mi vida de auténtica felicidad.

Pronto nuestro amor creció tanto que no cupo en el alcázar de Córdoba. Y decidí ofrecerte un palacio lejos de la ciudad, que fuera ansiada cárcel de nuestros encuentros y digno en su suntuosidad, de la pasión que nos inundaba. Escogí el *Yebél al-arús*, el Monte de la Novia, en las mismas faldas de la sierra. Y con la ilusión del novel amante, codo a codo con mi arquitecto Muslama ibn Abdallah, comencé la construcción de la que, ya desde su primera piedra, le dí el nombre de Medina-Azahara, la ciudad de la flor, de la blancura, del amor... Tu ciudad, Azahara.

Mandé traer de Oriente jaspes y alabastros de variados colores, para decorar paredes y pavimentos. Planté más de 4.000 columnas de ricos mármoles, algunas traídas de tierras de cristianos y de la lejana Grecia; mil, rosas y verdes, vinieron de Isfakis y Cartago y muchas más se sacaron de las propias canteras de Al-Andalus: blancas, de Tarragona; negras, de Almería; rosadas, de Cabra; grisazuladas de la cercana Peñatejada.

¡Ruzafa de los mármoles!, llamará más tarde un poeta de Córdoba a tu ciudad, Azahara. Y en sus palacios y alcázares, en armonioso y polícromo concierto, hice resplandecer el fasto bizantino de los áureos mosaicos y la gracia de los azulejos de prodigioso trazo y el increíble calado de concienzudas yeserías; labrados capiteles sostuvieron inverosímiles arquerías -almagre y ocre- sustentadas en sólidos salmeres. Hice recubrir los muros de ricos mármoles en los que, incrustados, el esplendor de perlas y rubíes competía con el lujo de las ágatas, los rojizos reflejos del ópalo, las violetas irisaciones de la amatista, los guiños verde-mar de la esmeralda y el deslumbrante amarillo del topacio. Y en frisos y sobrepuestas, lucieron atrevidos atauriques en los que, las postas, las trenzas y las grecas, combinaban con dibujos de loto asirio, palmas fenicias y tebanas y flores de acanto, traducidos en geométricos arabescos que se confundían y mezclaban con la caligrafía de inscripciones alcoránicas, históricas y poéticas.

Tan sólo cinco años más tarde ya se pronunciaba la *jutba* en la aljama de tu medina, Azahara. Y, aunque nunca llegué a terminar mi ofrenda, incluso después de tu partida seguí engrandeciendo a tu ciudad blanca...

¡De nuevo la blancura! Es extraño que en estos mis postreros instantes, la luz alumbre las sombras, desde hace tiempo, eternas compañeras de mi vivir.

La luz, la blancura, ¡eras tú, Azahara!

Recuerdo una noche, en que después de haber estado escuchando a Mozua recitar bellas *casidas*, entretanto arrancaba con sus expertos dedos dulces arpegios, nos quedamos en silencio; delante de nosotros, en un vaso dorado, brillaba apenas un copo de jazmines. Recordé que el jazmín es la flor que, entre los enamorados, significa ofrenda de amor. Tomé una y la puse en tu mano; mirándola fijamente, dijiste:

Jazmín embriagador de nieve pura
que me ofrece, con amor, mi amante:
aunque tu aroma viva un solo instante,
permanece intangible tu blancura;
aroma y blanquedad son tu hermosura,

como es el azahar que me amadrina,
 como es la claridad de esta medina,
 mota de nácar en la umbrosa sierra
 —endrino etíope, cuya faz me aterra—
 tiniebla montaraz, pino y encina.
 ¡Oh amado Al-Nasir!, por ser mi dueño,
 quítame esa visión triste y sombría,
 transforma en claridad la negra umbría
 plantando para mí un jardín de ensueño.
 Perdóname, señor, mi torpe empeño,
 mas noto con pesar, que, día a día,
 en pena se transforma mi alegría
 al ver un horizonte tan obscuro.
 Ofréceme un jardín, y yo te juro
 que más que hoy te amo, te amaría.

Y mandé desbrozar el monte y talar encinas y pinos; e hice plantar centenares de almendros, higueras y naranjos. Y Sierra Morena se puso blanca como una novia y el horizonte trocó sus negruras por el blanquiverde color de mi bandera omeya.

¿Recuerdas, Azahara, nuestros nocturnos paseos? Amparados por la soledad, cruzábamos, furtivos, los salones; nos deslizábamos por los corredores como sombras y, raudos, bajábamos la escalinata hasta la puerta *Al Sudda*, penetrando en los inmensos jardines de aromas y misterio, de brumas azules y reflejos de luna blanca, de eternas canciones cristalinas de prodigiosas fuentes y hondas alfaguaras. Nos introducíamos por largos túneles verdes de palmeras y chopos; atravesábamos preciosos boscajes de azahar y laurel y entre ramas de arrayanes, nos escondíamos de nuestras sombras. Llegábamos a un perdido estanque de profundas aguas azules, en cuyas orillas, crecía fúlgida la adelfa roja; paseábamos entre floridos arriates, verdaderos tapices primaverales de flores blancas, sobre cuyos pétalos las gotas de rocío semejabán relumbrantes aljófares. Y luego, casi adormecidos por los variados aromas de dama de noche, narcisos y jazmines, rosas y azahares, nardos y azucenas, cuando casi despertaba el alba, volvíamos a nuestros aposentos.

Compuse para ti un poema con motivo de una de nuestras “huidas de amor”. Decía así:

Dame Azahara tu mano,
 que es de jazmines
 y a esos ricos y espléndidos palacios
 de tu amante soberano,
 tachonados de perlas y topacios,
 me llevarás, cruzando sus jardines ¹.

¹ ORTI BELMONTE, V.: *Elegía a Medina-Azahara* (sólo los seis primeros versos).

Dame Azahara tu mano,
 que es de jazmines
 y envuelta en blancura de almajares,
 condúceme temprano
 a hermosas estancias y lugares
 donde juegan los ocres y carmines.
 Dame, Azahara, tu mano,
 que es de jazmines
 y veamos nacer un nuevo día
 en un lugar lejano,
 donde el cielo de la tierra se extravía
 y el sol sólo ilumina los confines.
 Dame, Azahara, tu mano,
 que es de jazmines
 y volvamos, por fin, a nuestro lecho,
 glorioso y casquivano,
 que entiende los suspiros de mi pecho...
 Volvamos, que ya rezan los muecines.
 Dame, Azahara, tu mano,
 que es de jazmines.

Ya es mediodía. El astro rey, en su cénit, rutila los palacios, florece los vergeles y envuelve a la ciudad entera con su matizada luz de otoño. Puedo ver, más allá de la puerta *Al-Agba*, galopar a un escuadrón de mis valientes zenetes y, algo más cerca, los ejercicios de adiestramiento que realizan mis abnegados soldados de a pie; casi puedo oír el pulso de la ciudad: las voces de los comerciantes en el zoco, el paso de la gente por la alcaicería, los ruidos propios en los talleres de cueros, armas y marfiles. A mi alrededor, sin embargo, reina el silencio...

Avanza la tarde y vuelvo a sumirme en mi habitual melancolía... Recuerdo cuando te perdí, Azahara... Fuiste en mi vida un suspiro, un soplo de brisa que se desmaya con el crepúsculo. No podías vivir mucho más que la flor que te da nombre.

Y la flor a los pies de la mujer moría
 y la mujer moría a los pies del príncipe
 y, rendido a los pies de su desnudo sueño,
 el príncipe moría².

Yo, entonces, moría de amor y de tristeza, Azahara. Al perderte, mis días cambiaron tanto, que se tornaron negros, cuando contigo, hasta las noches más oscuras me parecían auroras.

Entonces, en verdad, comenzó mi fatal melancolía. De tu pérdida proviene mi

²MOLINA, R.: *El Príncipe*.

tristeza; tu ausencia es mi angustia, aunque los médicos piensen en extrañas razones de mi final...

He dormido un rato; al atardecer, ya atisbo sombras:
 En las tardes, otras tardes profundizan
 esta hora. El sosiego que me invade
 no altera mi tristeza.
 Acaso la eterniza... ¿Todo muere?
 ¿Morirá mi dolor? Toda la vida
 se me aparece ahora como un ansia
 frustrada de hermosura.
 Claro almezo,
 eleva entre tus ramas plañideras
 mi corazón callado hasta la luna³.

Ya muero, Azahara; voy a buscarte más allá del cielo azul y de las nubes blancas; más allá de tu horizonte de azahares y almendros; más allá de donde el sol se pone y donde la luna nace... Ya nace la luna...

Muerta la flor, la flor que ama el amante,
 muerto el amante, amado de la luna,
 la luna queda --soledad callada--
 flor, amante, recuerdo...⁴.

Amado Al-Nasir, ya estás conmigo;
 viniste desde mí y aquí me tienes
 donde el tiempo no se mueve y el espacio se eterniza;
 donde el sol nunca se pone y la luna siempre brilla;
 donde el aire huele a aurora,
 donde el céfiro es zafiro,
 donde la luz nos envuelve
 en eternas claridades;
 donde el amor
 no necesita de la vida
 para seguir amando...

¡Oh, Abderramán, el más hermoso y gentil de los musulimes!. Dame la mano y te conduciré, entre algodones límpidos de celestiales brumas, a inmensos prados tachonados de turquesas, sobre los que titilan luceros de diamante...

Contempla la ciudad que me diste y acompáñame en un viaje en el tiempo, hasta aquellos días en los que no existían tinieblas en tu noble rostro, sino sólo resplandores de felicidad. Cuando tú eras el rey más poderoso de la tierra y tu

³Idem: *Vida callada*.

⁴Idem: *Los reflejos*.

corte la más fastuosa en los confines del orbe, digna de los antiguos emperadores de Babilonia y Asiria.

Esperábamos la embajada del emperador de Constantinopla, el poderoso Porfirogeneta. Muchedumbres de soldados y eunucos, pajes y esclavos, traficantes y peregrinos, de variados países y religiones, aguardaban, expectantes, en sus anchas calles. Numerosos grupos de cadíes, ulemas, Katibes y alfaquíes, paseaban por aquellos suntuosos salones y espaciosos vestíbulos y antecámaras, esperando el acontecimiento. El Salón Dorado resplandecía en toda casi su irreal magnificencia. Las columnas ofrecían el contraste de sus fustes de mármol de aguas, taraceados con perlas y rubíes, con el oro de sus capiteles; las paredes de jashes de distintos colores armonizaban con un techo totalmente recamado en oro; tu suntuoso trono se reflejaba en el purísimo azogue, que llenaba el estanque de pórvido, limitado por ocho arcos de herradura de marfil y ébano, que descansaban sobre columnas de mármol pulido y cristal de roca. El patio delantero se hallaba cubierto de ricas alfombras y alcatifas y vistosos guadamecés; doseles y cortinajes de lustrosa seda, sombreaban puertas y ajimeces...

Cuando los embajadores penetraron en el recinto, ya resplandecía, desde el trono de oro y pedrería, toda la noble majestad de tu figura. Rodeándote, tus hijos, wazires, gentileshombres y wakiles, formaban un impresionante escenario, desde el que, una vez más, oficiaste el rito de tu poder, a los ojos de los forasteros, casi divino... Al moverse el azogue, en tanto que, matemáticamente, penetraban los rayos de sol por la arquería, los vívidos reflejos del mercurio del estanque producían deslumbradores relámpagos que inundaban el salón de luces de plata. Tu poderío, Abderramán, se captaba por los ojos, mientras era pomposamente cantado por tus mejores oradores y poetas.

Traslada tu mirada ahora, amado Al-Nasir, al Salón *Al-Sargi*, tantas veces testigo de tus fiestas fastuosas. Entre perfumes de sándalo y almizcle, tus invitados danzaban y cantaban con el acompañamiento de los melodiosos sonos de laúdes, cítaras y guzlas; de las dulces notas de alboques y chirimías y del acompasado acento de adufes y atabales. Dentro, en *al-Munin*, el salón del sueño, tú y yo, momentáneamente perdidos, nos amábamos, en tanto que el agua se desmayaba, cantarina, en la fuente de dorado bronce que, para mí, hiciste traer desde Oriente.

Tu gloria y poderío, Abderramán, ya ha quedado prendida en la historia de los hombres; su reflejo luce ahí abajo, en la medina de mi nombre, como testimonio de tu grandeza y de tu amor.

Observa ahora el esplendor de tus exequias... Ya han llegado tus hijos a los suntuosos salones laterales, donde, desde hace tiempo, bulle una muchedumbre de nobles y cortesanos, esperando el comienzo de la ceremonia... Se inicia el cortejo hacia el Salón Dorado, en cuyo trono, se encuentra sentado tu hijo y sucesor, Alhaken. Entran, primero, sus ocho hermanos, que se le acercan y leen la fórmula de acatamiento; siguen después, por su turno, los wazires, sus hijos y hermanos, cadíes, magistrados, teólogos y principales funcionarios, los guardias y la servidumbre de palacio. Todos van vestidos con el blanco del luto y las espadas ceñidas. Tus hijos, los wazires y los nobles, toman asiento a los lados del trono; en dos filas, a la derecha e izquierda de su señor, están los eunucos del

sultán; tras ellos, los eunucos sirvientes, cubiertos de malla y empuñando lucientes espadas. Los eunucos de guardia y los esclavones —esclavos, gallegos, franceses, alemanes, lombardos y calabreses— coinciden en su blanca vestimenta de luto y en las armas que portan. Siguen a éstos los arqueros de la guardia con sus arcos y aljabas; próximos a ellos, en aguerrida formación que llega hasta la entrada, se hallan los esclavos negros, lujosamente uniformados con túnicas blancas, bruñidos yelmos sicilianos y amalgrados escudos de distintos colores. Ya fuera, en la explanada y en la imponente escalinata, se disponen, alineados, esclavones de inferior categoría, que continúan hasta la puerta *al Sudda*, en la que los alcaldes del alcázar encabezan los escuadrones de *maulis* o libertos del califa, que se extienden, con el resto del ejército, sin interrupción, hasta la puerta exterior de la ciudad.

Terminada la ceremonia, el nuevo califa, al frente de sus dignatarios, preside el imponente cortejo que te acompaña, en tu último viaje, hasta el cementerio del alcázar de Córdoba... De nuevo estamos juntos, Al-Nasir, y por toda la eternidad, tejeremos guirnaldas de amor y recuerdos, que lanzaremos sobre la ciudad blanca...

No han transcurrido aún cincuenta años y tu medina ya no es la misma, Azahara. Aunque mi hijo Alhaken siguió engrandeciéndola, para mi desgraciado nieto Hixem sólo sirvió de dorada prisión y, día a día, fue languideciendo su gloria, en tanto que el caudillo Almanzor levantaba su Al-Zahíra. Abd el -Meler, Sanchuelo y Al-Madhi, se preocuparon más de sus rencillas personales que de salvaguardar mi imperio y mantener su símbolo...

Mira, Azahara, ha estallado en Córdoba la *fitna*, la guerra civil... Soleimán al-Mustain y sus bereberes han vencido, después de asolar la perla de Occidente, de talar sus campos, roturar sus almunias y pasar por las armas a muchos de sus habitantes. Han destrozado ya los palacios de Almanzor y ahora destruyen nuestra ciudad del amor. Los lujosos pabellones han sido despojados de sus riquezas: han desaparecido los tronos de oro, plata y pedrería; los ricos artesonados de mármoles transparentes y maderas preciosas; las arcadas de marfil y ébano; los baños voluptuosos y las fuentes de pórfido y de bronce...; han sido arrancadas las puertas de su mezquita y de ella se han llevado el *Mimbar*, las lámparas y los libros sagrados...

Huyen los bereberes y ahora son los propios habitantes de Córdoba los que continúan el despojo; se vengan de Soleimán destrozando tu recuerdo, Azahara.

Y persiste la cadena de errores que sucesivamente cometen mis herederos en el trono omeya: Ben Mamud, Abderramán IV, Casim, Yahya, Abderramán V, Mohamed II e Hixem III, no son sino peldaños de una misma y tortuosa escalera que llevó mi imperio desde su culmen más esplendoroso hasta los tenebrosos subterráneos de los reinos de Taifas.

Pero aún pervive tu ciudad en el Monte de la Novia... Y ello, a pesar de la ocupación almorávide y de la desoladora invasión almohade. Yaqud al-Mansur, tras su victoria en Alarcos, ha llegado a ella y con sus mármoles y columnas, con sus afiligranadas tracerías e imponentes atauriques, se presta a enriquecer minaretes y alcázares sevillanos y palacios de Granada. Y se ha atrevido, con la torpe osadía

del zafio guerrero, a arrancar de la Puerta de las Cúpulas la estatua, que, cual Venus romana, representaba tu figura...

Sí, Abderramán; el azahar se ha marchitado y ha perecido mi recuerdo... La cruz ya corona la Mezquita aljama cordobesa y las ruinas que se ven en las faldas de la sierra se creen despojos de una antigua ciudad romana; y, por muchos siglos, el lugar de mi querida y blanca ciudad se llamará tan sólo Córdoba la Vieja. Ya no quedan de ella más que los muros, pues la tierra, tan afanosa por tragar los monumentos de los hombres, que le arrancaron los tesoros de sus entrañas, ha ido recobrando lo suyo y con su lento e incesante crecimiento, ha cubierto las marmóreas escalinatas, desnivelado los pavimentos de piedra y destruido acueductos, aljibes, fuentes y estanques. Con el paso de los años, los sillares de sus muros y los fustes y capiteles, que quedaron tras las continuadas rapiñas y que yacían en aquella vasta sepultura de grandezas, habrán de servir para nuevas construcciones y los últimos restos de la ciudad que me ofreciste, ¡oh Al-Nasir!, permanecerán en un sueño de siglos, sepultados en la tierra sobre la que muchos inviernos extenderán su capa de nieve y barrizales; repetidas primaveras tejerán verdes mantos recamados de flores: pertinaces estíos ofrecerán la espinosa urdimbre de maleza y cardizales y románticos otoños la vestirán con amarillento sudario de despojos.

Ciudad desvanecida,
de la que hablan superfluos
testimonios y rastros
leves, de leves plantas:
la bandeja, el anillo,
el vidrio, las raíces,
la jarra, la moneda;
del jardín, las honduras
del aire; del alcázar,
el sueño de la luna;
de la ciudad, el oro
eterno de la tierra...⁴

Así es, Azahara... El espléndido sueño de una ciudad, por tu amor erigida, fue tan inmenso, febril y breve como un delirio de calentura; tan fugaz y efímero como la flor que te da nombre..

Pero recuerdo una ocasión en la que el cadí Mundir ibn Said, contemplándola desde mi alcázar, dijo:

-¡Por Allah! ¡qué hermoso sería su brillo si su flor no se marchitara!. Y yo respondí:

- Si sobre ella sopla la brisa del recuerdo y del cariño y la riegan lágrimas de ternura, no se marchitará jamás...

Y ya en el siglo XI, algunos años después de su primer despojo, así la lloraba Al-Sumaysir:

⁴ Idem: *Los reflejos*.

“Me he detenido en al-Zahara, llorado y meditado... ¡Oh Zahra!, he dicho ¡vuelve! y ella me ha contestado: ¿Es que vuelve lo que está muerto? No he cesado de llorar en ese lugar pero, por desgracia, ¿de qué pueden servir las lágrimas?. ¡Se diría que los vestigios de aquellos que partieron son plañideras que se lamentan sobre los muertos!”.

Y Ben Jafaya creará oír sollozos en el murmullo de las aguas y lamentos fúnebres en el canto de las aves... Y Din Ibn al Arabí, al preguntarle al pajarillo de su poema la causa de sus tristes gorjeos, le escuchará decir:

– Por una época que ha pasado y no volverá jamás...

El recuerdo de tu ciudad, Azahara, aunque impregnado de desesperanza y fatalismo, lo plasmarán tempranamente en sus poesías –también en el siglo XI– Ibn Siray, Ibn Suhayd y Abu-Nasar Affah. Y lo contarán en sus crónicas históricas Ben Ahzarí, Ben Hayyán y Al-Makkari.

Su llanto y su recuerdo, sin embargo, no serán estériles, pues transcurridos ocho siglos, los nobles restos de mármoles y estucos, de destrozadas columnas, de chafados capiteles, de fragmentados atauriques, regados con esas lágrimas y abonados con la añoranza, la harán rebrotar del ubérrimo suelo de Córdoba.

Lento renacer tendrás, Medina Azahara... ¿Llegará algún día en el que, recostada en la sierra, puedas volver a mostrar, siquiera, un pálido reflejo de lo que en mi tiempo fuiste?...

Azahar, azahar... Y fue Az-Zahara
 quien dio nombre de flor a su medina.
 (La sombra de una sombra se reclina
 junto a un ciprés). Murmura el agua clara
 de un surtidor. El tiempo que no para,
 hace del mármol y del vidrio ruina.
 Si pudiera volver la golondrina
 a su nido de ayer... si comenzara
 el idilio, otra vez, jazmineando,
 – pétalos, luna– el último sendero
 por el que tanta vida discurría.
 A Medina venid, peregrinando
 los que sentís el corazón romero:
 Aquí celebra, Amor, su romería⁵.

Y hacia tu ciudad renacida, Azahara, y hacia tí misma, vuelven sus ojos los poetas de Córdoba ofreciéndooos ahítas de amor y de ternura; plenas de nostalgia, pero también de ilusionada esperanza; rebosantes de recuerdos y de gozosa buenaventura... Sus poemas volverán a pulir el alabastro y hacer resplandecer el oro de sus salones; harán brotar de nuevo las fuentes y crecer los vergeles... Sus versos, cálidos, besarán el yeso blanco trocándolo en polícroma filigrana y, profundos, quedarán incrustados entre los geométricos arabescos de los atauriques...

⁵ FERNÁNDEZ POMBO, R.: *Medina Azahara*.

Esa es su ofrenda para tí y tu medina, Azahara. Y yo, espíritu eterno de un califa enamorado, quiero hacer la mía: 'Por la voluntad de Allah, caiga una inmensa nevada floral sobre tu ciudad rediviva... ¡Lluevan miles de nardos, de azucenas, de gardenias, de alhelíes, de magnolias, de celindas, de jazmines, de azahares...! ¡Y narcisos, rosas, gladiolos, lirios y claveles blancos...! Y con sus tallos, los poetas tejerán níveas guirnaldas, que ciñan las frentes de las mujeres de Córdoba... y rimarán con sus pétalos, su postrer poema de amor:

... Ultrajada por siglos de silencio,
aún nos queda el aroma de tu nombre
que perfumó la historia de Al-Andalus ardiente;
¡Oh Ciudad de la Flor, Medina Azahara!⁶.

⁶DE MIGUEL, J.: *Medina Azahara*.